

LA MIRADA DESHABITADA

(LA NARRATIVA DE AMPARO DÁVILA)

Óscar Mata Juárez*

A muy temprana edad, a la cuentista Amparo Dávila el miedo le entró por los ojos, a través de las ilustraciones de Doré al *Infierno* de Dante. Fue una niña solitaria, que pronto perdió a su único hermano, y enfermiza que habitaba en la casa grande del poblado minero Los Pinos, en Zacatecas.

Pinos, el pueblo donde nací, es el pueblo de las mujeres enlutadas de Agutín Yañez, es también Luvina donde sólo se oye el viento de la mañana a la noche, desde que uno nace hasta que muere... es un viejo y frío pueblo minero de Zacatecas con un pasado de oro y plata y un presente de ruina y desolación.

Yo nací en la casa grande del pueblo y a través de los cristales de las ventanas miraba pasar la vida, es decir la muerte, porque la vida se había detenido desde hacía mucho tiempo en ese pueblo. Pasaba la muerte en diaria caravana. No había cementerios en varios ranchos cercanos y a Pinos iban a en-

* Área de Literatura, Universidad Autónoma Metropolitana–Azcapotzalco.

terror a los muertos. Yo los veía llegar tirados en el piso de una carreta...¹

Los Pinos es, entonces, un lugar para mantenerse alejado de él; viene a ser la antítesis perfecta al paraíso infantil que algunos mortales tuvieron la fortuna de disfrutar al inicio de sus existencias. En la obra de Amparo Dávila nunca se le menciona y en sus dos únicos cuentos que se desarrollan en pequeños poblados –“El huésped” y “Óscar”– hay sendos monstruos, que mantienen en jaque a quienes tienen la desgracia de vivir cerca de ellos.

Pero la niña Amparo no sólo miraba el paso de la muerte. Otras imágenes, quizá más tremendas, pues tenían vida, se movían y en cualquier momento podían atravesar la ventana, acompañaban ese miedo infantil.

En la noche el aspecto del pueblo se volvía más dramático... Los hombres se envolvían en gruesos jorongos y se metían los sombreros anchos hasta las orejas, las mujeres se embozaban completamente dejando descubiertos sólo los ojos; agobiados por el frío, pesadamente se movían a lo largo de las calles oscuras como si fuera una procesión de enormes cuervos negros.

... Una mujer vestida de blanco, con una vela encendida, muy pálida y sin ojos, buscaba algo a través de la larga noche, crujían las puertas y los muebles, pasaban sombras, bultos, se oían voces, suspiros, quejidos... Así pasaba la noche, así pasaron muchas noches de mi infancia.²

1 Amparo Dávila “Amparo Dávila” en *Los narradores ante el público*. Confrontaciones, México, J. Mortiz, 1966. p. 129.

2 *Ibid.*, p. 130.

Difícilmente el cuadro podría ser más dantesco, más revelador del lado oscuro de la vida que la obra de Amparo Dávila, minera de las profundidades humanas, extrae de los seres enfermos del alma que deambulan por sus cuentos. Esa mirada sin ojos, esa mirada deshabitada, que se da en silencio o con apenas un puñado de palabras (parquedad que la convierte en un acto, un hecho idóneo para el cuento), pues en ella a fin de cuentas sólo hay lugar para el vacío (puesto en palabras como enfermedad, angustia, terror o muerte) se convertiría en la marca de agua de su escritura.

La mirada es el elemento más significativo en la narrativa de Amparo Dávila. Su presencia enseñoorea la inmensa mayoría de sus textos. A cada instante surge en las páginas escritas por la zacatecana. Sus personajes, caracterizados por todo el vigor posible, para resaltar su inmediato derrumbe, se muestran a través de la mirada, ella les basta para expresarse, para externar cualquier pensamiento o sentimiento, o para guardárselo. Siempre hay una mirada en un momento significativo de la narración, siempre una mirada lo dice o lo calla todo, una buena cantidad de sus cuentos culminan con una mirada. Las miradas, aun entre personas que se estiman y tienen toda la confianza del mundo, pesan y llegan a incomodar, como sucede con Tina Pérez y su amiga Rosa. ¿Qué decir del masoquista de “Fragmento de un diario” a quien hieren las miradas de sus vecinos de edificio?.. Una mirada siempre es capaz de decirlo todo. Renée, una estudiante francesa, responde así a la insinuación del poderoso industrial que protagoniza “El entierro” de ser “un padrino que la oriente”:

La mirada con que ella aceptó el ofrecimiento fue tan significativa, que él supo que podría aspirar a ser algo más que un tutor. Y así fue...³ (MC, 139)

La obra de Amparo Dávila es parca en parlamentos, pero en cambio posee abundancia de miradas. Más que hablar y escuchar, los personajes miran o son vistos. Moisés y Gaspar, del cuento homónimo, hacen sentir su presencia al narrador que se ha hecho cargo de ellos.

De pronto sentí sus ojos atrás de mí, salté de la silla y me di vuelta; allí estaban Moisés y Gaspar... mirándome fijamente, no sabría decir si con hostilidad o desconfianza, pero con mirada terrible. (MB, 106)

En los últimos renglones de “Detras de la reja” se lee lo siguiente:

- 3 A partir de aquí, se hará referencia a los libros de Amparo Dávila por medio de las iniciales mayúsculas de los títulos y la página en que se encuentra el pasaje citado. Hay que señalar que, de sus tres libros, el único que desde hace más de diez años es posible encontrar en librerías es *Tiempo destrozado*, reeditado en 1985 con el título de *Muerte en el bosque*, edición que además incluye el último cuento de *Música concreta*, “El entierro”, por lo que en este trabajo las referencias a él se ofrecen con las siglas MB. De esta forma, las referencias y los títulos a los que se refieren son las siguientes:

MB *Muerte en el bosque*. México, FCE-Conaculta, 1985. 132 pp. (Lecturas mexicanas, 74)

MC *Música concreta*. México, FCE, 1964. 149 pp. (Letras mexicanas, 79)

AP *Árboles petrificados*. México, J. Mortiz, 1977. 129 pp. (Nueva narrativa hispánica)

yo gritaba desesperada que yo no era la enferma, sino la otra, Paulina, la que estaba detrás de la reja y desde ahí miraba, sin inmutarse, cómo me iban llevando. (MC, 78)

Una vez que los miembros de la familia de don Carlos Román han conseguido librarse del azote que representaba Óscar, la narración termina: “Ninguno volvió la cabeza para mirar por última vez la casa incendiada”. (AP, 82)

Amparo Dávila es una autora concisa. Tres plaquettes de poesía y tres libros de cuentos conforman toda su producción literaria. Fue poetisa en su juventud, transcurrida en San Luis Potosí, donde estudió en colegios de monjas y publicó sus tres poemarios: *Salmos bajo la luna* (1950),⁴ *Perfil de soledades* (1954) y *Meditaciones a la orilla del sueño* (1954). Ya en la ciudad de México, por sugerencia de don Alfonso Reyes, de quien fue secretaria, incursionó en el cuento, que en ella es género de madurez. Sus primeros cuentos aparecieron en revistas como *Estaciones*, la *Revista Mexicana de Literatura* y *Letras Potosinas* en 1956. Publicó su primer libro justo a los 31 años: *Tiempo destrozado* (1959), con doce cuentos; el segundo es *Musica concreta* (1964), con ocho. En realidad ambos forman un solo volumen y así los reeditó el Fondo de Cultura Económica en 1978. Su tercer y hasta la fecha último libro de cuentos es *Árboles petrificados* (1977), que obtuvo el premio Xavier Villaurrutia en 1978, y que contiene 12. Si bien *Árboles petrificados* es el libro más sólidamente construido, el de más altos valores literarios, los dos títulos que lo preceden de

4 Véase la ficha de Amparo Dávila en Ocampo, Aurora (direc.). *Diccionario de escritores mexicanos*, t. II (D-F), México, UNAM, 1992. pp. 9-11.

ninguna manera desmerecen ante el volumen galardonado. Amparo Dávila desde su primera narración mostró su capacidad como cuentista y durante las dos décadas en las cuales publicó narrativa fue puliendo sus habilidades con una constancia no exenta de paciencia.

Como escritora a quien sus temas escogieron, en sus treinta y dos cuentos puede advertirse la reincidencia de personajes y situaciones a lo largo de su trabajo. Seres monstruosos, legados que esclavizan, amenazas que en cualquier momento se materializan y aniquilan, personajes inermes ante la vida que acaban buscando la muerte; mujeres insomnes como la misma escritora, hombres que intentan ahogar su miedo bebiendo por las noches. Los contados críticos que se han ocupado de su obra señalan que lo característico de ella es el tránsito de lo cotidiano a lo fantástico y señalan a Edgar Allan Poe como una influencia principal. En una entrevista que le hizo Miguel Ángel Quemain⁵ ella declaró que por mucho tiempo le resultó imposible leer más de un par de páginas de Poe, debido a las abrumadoras coincidencias entre ambos. Agregó que sólo pudo leerlo en su totalidad años después, cuando Julio Cortázar (entusiasta lector de la narradora zacatecana) le regaló su traducción de los cuentos completos, y, por esos tiempos, Amparo Dávila ya había escrito la mayor parte de su obra. En tal sentido, Luis Mario Schneider acota con certeza.

La crítica ha insistido, quizá demasiado, en que los cuentos de Amparo Dávila vienen directamente del universo de

5 Miguel Ángel Quemain, "Amparo Dávila, 'El tiempo destrozado'" en *Reverso de la palabra*. México, La memoria del Tlacuilo, 1996. pp. 319-328.

Edgar Allan Poe, de Franz Kafka y de los latinoamericanos Borges, Arreola y Cortázar. No sería mejor ¿antes de hallar influencias hablar de afinidades espirituales? Si otra cosa distingue a la narrativa de Amparo Dávila es su originalidad y su honradez que no proviene por vía intelectual, sino por esa ligadura a una existencia padecida, también imaginada.⁶

A fin de cuentas, quien escribe es una niña asustada por lo que ve; una niña a quien no se le permitió terminar la educación media superior y cuya única enseñanza estuvo constituida por lecturas, hechas a conciencia, aunque de manera desordenada. Debido a ello, se debe insistir en el hecho de que el rasgo más notable de la narrativa de Amparo Dávila es que la dicta la mirada. En esta mirada deshabitada la felicidad es una estrella muy distante, de la cual apenas es dable percibir unos debilísimos destellos: un acto amoroso en la noche, antes de que la mujer satisfecha deba despedirse del amante y fingir que duerme para que su esposo no la incomode; una vida llena de estrecheces con un marido cumplido, pero que apenas gana lo suficiente para que su familia la vaya pasando; un amor a escondidas que acaba costando el internamiento definitivo en una clínica neuro-psiquiátrica.

Paradójicamente —o quizá muy lógicamente— esta narrativa erigida con base en la mirada es pobre en descripciones, como si su dueña no quisiera ver lo que sus ojos registran. Los espacios físicos apenas están esbozados con sabios trazos que permiten, más que visualizarlos, que lo fantástico y lo terrible

6 Luis Mario Schneider, nota introductoria a *Amparo Dávila*. Material de lectura. México, Coord. de Difusión Cultural, Dir. de Literatura, 1991. p. 5 (El cuento contemporáneo, 81).

de súbito se apoderen de ellos. La más acuciosa descripción de la autora de *Árboles petrificados* está en los primeros diez renglones de “El último verano”: una cuarentona constata su lamentable estado físico y se compara con la muchacha hermosa que sonríe en un retrato que le tomaron a los dieciocho años, cuando ya era novia del hombre que sólo supo llenarla de hijos y de obligaciones domésticas.

En tal sentido, todos y cada uno de los cuentos de Amparo Dávila están contruidos –y muy posiblemente también concebidos– a partir de un personaje, un ser humano que desde el principio se encuentra en una penosa situación o debe encarar un grave problema. Resulta sintomático que en la mayoría de las frases inaugurales de sus narraciones aparezca el nombre del ser humano que párrafos adelante estará en una situación insoportable, se verá sometido a una rigurosísima prueba, o terminará sacrificado. Veamos algunos inicios de *Música concreta*: “Arthur Smith se levantó...” (MC, 7), “Se parece a Marcela...” (MC, 17), “Aquel verano cumplí 23 años y Paulina 40...”, “Cuando Carmen bajó...” (MC, 79), “Tina Reyes se despidió de sus compañeras...” (MC, 111) Socialmente, estos personajes son seres anodinos, expuestos a toda clase de abusos e injusticias o personas que no han logrado cumplir sus proyectos o realizar sus ilusiones. Económicamente pertenecen a los estratos medios y bajos, con la excepción de doña Matilde Espejo, la rica viuda que amasó una fortuna envenenando a sus esposos; el poderoso –pero anónimo– protagonista de “El entierro”; y María Camino, que en “La celda” mata a su prometido días antes de la boda. A propósito, en las relaciones de pareja se advierte una constante en la obra de Amparo Dávila: los hombres convierten la vida de las mujeres en un infierno del que algunas logran salir matando a sus torturadores. Claro que

algunas mujeres llegan a dañar, e incluso ultimar, a sus parejas amorosas, pero no pasan de ser casos aislados.

Los ojos de sus creaturas, humanas o no, la obsesionan al grado de que son lo único que describe de sus personajes, no en vano a través de ellos conoció el miedo. Veamos algunos ejemplos de una lista que fácilmente puede rebasar la centena. Hemos tomado un par de citas de los tres libros de la autora, para hacer notar que esta constante abarca desde los primeros hasta los últimos cuentos. En “La celda” de *Tiempo destrozado*:

Al día siguiente María se levantó sintiéndose contenta y ligera. Durante el desayuno Clara notó que tenía los ojos brillantes y que sonreía sin darse cuenta. (MB, 51)

En “La señorita Julia”, lo primero que la protagonista ve de las ratas son “unos ojillos muy redondos, muy rojos y brillantes”. (MB, 81) En la mujer la brillantez era sinónimo de felicidad, en las roedoras la marca de una amenaza.

Dos ejemplos de *Música concreta*. Tina Reyes, la costurera, nota que el galán que la aborda en plena calle –sólo sabemos que es joven– tenía “unos ojos negros algo rasgados”, que se iluminaron cuando le sonrió. (MC, 121) “El desayuno” es el único cuento de Amparo Dávila con un asunto político de fondo, el movimiento estudiantil de 1968. Los cuatro miembros de una familia discuten acerca de las manifestaciones y las protestas de los jóvenes; poco antes, Carmen, la hija, cuenta su pesadilla de la noche anterior, en que soñó la muerte de Luciano. Un detalle no la dejaba en paz la mañana siguiente:

— Así estaban los ojos de Luciano. Estáticos y verdes como un cristal opaco... Tenía los ojos verdes muy abiertos, muy

abiertos... Los ojos de Luciano me miraban fijamente, fijamente, como si quisieran traspasarme. (MC, 87)

Árboles petrificados también ofrece varios pasajes en los cuales se resaltan los ojos. Griselda –protagonista del cuento del mismo nombre– se quitó sus “enormes ojos de un extraño color, azul, gris, verde” (AP, 52) al enterarse de la muerte de su amado. En las primeras líneas del monólogo “La carta” la narradora se refiere a “... las palabras nunca dichas, pero leídas en tus ojos claros”. (AP, 83) y poco antes de concluir recuerda “nuestras frustradas vacaciones en el mar, los ojos nocturnos de los peces”. (AP, 88)

La obsesión de Amparo Dávila por los ojos de las creaturas de sus relatos llega hasta los animalillos que servían de base para el platillo obligado de los domingos que todo mundo paladeaba, a excepción de la narradora de “Alta cocina”.

Cuando oigo la lluvia golpear en las ventanas vuelvo a escuchar sus gritos. Aquellos gritos que se me pegaban a la piel como si fueran ventosas. Subían de tono a medida que la olla se calentaba y empezaba a hervir. También veo sus ojos, unas pequeñas cuentas negras que se salían de las órbitas cuando se estaban cociendo. (MB, 61)

Los ojos son elemento primordial de los monstruos y las apariciones calamitosas, y horripilantes, de las narraciones de Amparo Dávila. El primer ser terrible de esta galería es precisamente el huésped, un individuo, según el marido que un buen día aparece con él en su hogar, “inofensivo” que sólo se alimentaba de carne y –según la narradora y la mujer que le ayudaba con sus labores domésticas– en cualquier momento podía aca-

bar con sus hijos y con ellas. Su presencia convierte la vida de las dos en un infierno.

No pude reprimir un grito de horror cuando lo vi por primera vez. Era lúgubre, siniestro. Con grandes ojos amarillentos, casi redondos y sin parpadeo, que parecían penetrar a través de las cosas y de las personas. (MB, 17)

Cierta noche la narradora se despierta y “lo vi junto a mi cama, mirándome con su mirada fija, penetrante...” (MB, 20) Esta escena es idéntica a una de “El jardín de las tumbas”, de *Música concreta*, en la cual un obispo muerto mucho tiempo atrás observa al narrador “penetrándolo hasta el alma con sus cuencas vacías”. (MC, 49) En el cuento “Música concreta” hay otra aparición monstruosa. La amante del marido de Marcela se convierte en un enorme sapo de enormes ojos saltones (MC, 26-7) y la persigue por las noches. Óscar, del cuento homónimo de *Árboles petrificados*, también desarrolla su máxima actividad por las noches y también mantiene aterrizado a los habitantes de la casa donde mora. Es un ser colérico, tiránico, temeroso a la soledad, durante sus peores crisis “tiene los ojos enrojecidos y como saltados”. (AP, 77)

Otras apariciones, no monstruosas sino bellas o al menos de aspecto agradable, pero de efectos también aniquilantes, irrumpen en otros cuentos. En “Estocolmo 3” es “una muchacha rubia vestida de blanco” (AP, 91), que forma parte del departamento recientemente rentado por una pareja, que muy pronto debe abandonar el inmueble. En “La rueda”, se trata de un hombre joven y moreno a quien la narradora identifica, sin librarse de un fuerte escalofrío de pies a cabeza, como Marcos, con el que sostuvo una relación tormentosa, capaz de destruirla. (AP, 20)

Agradables o no, estos seres capaces de hacer trizas una existencia han sido huéspedes recurrentes de las páginas de una de las obras narrativas más sinceras –y sólidas– de nuestras letras, la que emana de la mirada deshabitada de Amparo Dávila.